

Pequeños amores imposibles

ROBERTO MERINO

Hay gente, como Paul Veyne, autor de *La elegía erótica romana*, que sugiere que el amor es una creación cultural y que por lo tanto la experiencia erótica varía necesariamente de tiempo en tiempo. Los menos escépticos, en tanto, prefieren pensar que el amor corresponde a algo inmenso, incontestable y fatal; algo que por sí mismo es un argumento para acciones que van —cuando la realidad de los hechos es adversa— del sufrimiento autodestructivo al crimen pasional.

A esto último podría oponerse las recomendaciones del sentido común; a lo primero, una pregunta de Enrique Lihn (“la cultura, ¿no es acaso una segunda naturaleza?”) y una sospecha: lo que cambia a través de las épocas serían más bien los modos de hablar, las explicaciones sobre el amor. Si uno dispusiera, como pedía Luis Oyarzún, de una adecuada “aceptación del mundo”, no le cabría sino admitir que el amor es una posibilidad real, a veces peligrosa y siempre abismante, que se nos ofrece con relativa frecuencia en la forma de un desvío en el camino. Al parecer estamos hechos para exponernos unos ante otros, para arriesgar la integridad del Yo en la superficie cam-

Orientados a la fugacidad, los amores de estos poemas son los que experimenta el merodeador de calles ante la aparición y desaparición de musas casuales: mujeres corrientes, pero inalcanzables.



EL MERCURIO

ESTILO.— Como en sus obras anteriores, la escritura Bertoni destaca por la naturalidad del apunte, del diario de vida o del pensamiento al vuelo. El hablante se expresa sin estridencias y, a veces, con humorismo.

biente de un espejo ajeno. No hay motivos, además, para pensar que esta situación haya sido distinta para los individuos de la época de Propertio, de Quevedo o de Juanita la Querendona.

La lectura de *Jóvenes buenas mozas*, el libro de Claudio Bertoni, deja resonando este tipo de consideraciones. Se trata, evidentemente, de poemas de amor. Lo que los diferencia de los

habituales poemas de amor es que en su caso están orientados al amor fugaz. No a la fugacidad final de los grandes amores, sino que a la que experimenta el merodeador de calles ante la aparición y desaparición de las musas en cualquier esquina o en cualquier recorrido de la locomoción colectiva (“es tan corta la minifalda/ y es tan largo el olvido”). Son mujeres corrientes, pero tan

inalcanzables como las que en otras épocas originaron los corteses y adoloridos versos provenzales. Son pequeños amores imposibles.

El personaje, hablante o sujeto de los poemas de Bertoni reacciona ante estas epifanías como si se trataran de su vocación. Se podría decir que su sensibilidad está atenta al llamado de las calles, a la vez dulce y doloroso. El que habla lo hace sin

estridencias; las exageraciones —cuando las hay— son parte de su dramatismo humorístico.

Cualquiera que haya leído las obras anteriores de Claudio Bertoni reconocerá en estos poemas un estilo marcado no por la desfachatez, sino por la naturalidad del apunte, del diario de vida o del pensamiento al vuelo. Cualquiera que haya vivido alguna vez el embargo súbito del enamoramiento huido, reconocerá en estos textos exacerbados los rasgos de esa experiencia común. Registrar tal experiencia —mucho antes que poetizarla— parece ser su objetivo. El efecto poético, sin embargo, funciona aun en los casos de extrema desnudez de lenguaje o incluso a causa de ella: “En el bus/ iba una mujer/ que se bajó/ en Vicuña Mackenna/ con Marín./ Eso no más/ quería decir”.

Para los romanos contemporáneos de Horacio —según Veyne— el virus del amor atacaba con mayor voracidad a los hombres aficio-

nados al *farniente* o directamente al ocio. Curiosamente, Arlt hace observaciones parecidas en relación a lo que él llama “el Don Juan Tenorio porteño”, el tipo urbano cuya vida está consagrada al placer químico de la seducción. Lo presenta, en una de sus crónicas, como un desocupado abatido por la circunstancia de no tener diez centavos con qué pagar la micro donde se va una desconocida que acaba de mirarlo a los ojos: con ella —y por culpa de un impedimento ridículo— se aleja la promesa de la felicidad.

Ya se trate de *graffitis* mentales, de versos de ocasión, de epigramas o de poemas que logran su aliento a costa de la variación obsesiva de una frase, los textos de *Jóvenes buenas mozas* le transfieren al lector una duda inquietante: que no es tan fácil distinguir entre el enamoramiento y el amor. Ambas categorías aparecen aquí como distintas frecuencias de un solo impulso y de una misma imposibilidad.



Jóvenes buenas mozas
Claudio Bertoni
Editorial Cuarto Propio, Santiago, 2002, 130 páginas. Precio de referencia \$ 4.250